

Termonuclear

Siempre pensé que la Guerra se lucharía a miles de kilómetros. En pantallas de televisión. Quizás en el espacio. Nunca pensé que llegaría hasta aquí. Hasta mí. Hoy. Sin embargo, estas aulas ya habían vivido una en el pasado. Conocían el sabor del metal al incrustarse en las paredes. Pero esta vez era diferente. Siempre creí que no éramos lo suficientemente importantes como para ser un objetivo primario.

El anuncio llegó mientras estábamos en clase. La alarma de incendios comenzó a sonar. Al principio no nos lo creímos. Un simulacro en todo caso. Cuando comprendimos la verdad, no había nada que hacer. Siempre fue tarde para huir. La carretera se bloqueó en minutos. La gente arranca los candados de las bicicletas. Ahora son la mejor opción. Las cafeterías quedan desiertas. Los saqueos empiezan a producirse. Primero los ordenadores, después cualquier cosa. Un hombre arrastra una fotocopiadora por el Paraninfo. No sabe que el pulso electromagnético inutilizará todos los sistemas electrónicos en cien kilómetros a la redonda. Chatarra en un microsegundo.

Cientos de estudiantes comienzan a marchar hacia La Moncloa. Todos han oído la leyenda del búnker. Son jóvenes y sanos. Inocentes. Merecen ser salvados. Ninguno logrará acercarse a menos de cien metros. Caerán abatidos por fuego de su propio país.

Miles de ojos dejarán de ver el metro como un transporte para considerarlo el mejor refugio. La estación será una trampa mortal. Empujados por la misma idea, iniciarán una carrera hacia la salvación. Los accesos se bloquearán en segundos. Los primeros muertos serán por aplastamiento. Aunque es imposible, seguirán intentando entrar hasta el momento de la explosión. La llamarada les pillarán intentando escalar sobre los cuerpos de sus compañeros. Los que lograron llegar hasta el andén se salvarán gracias a esas montañas de carne quemada. Al final fueron un ladrillo más en el muro.

No saben el error que están cometiendo al intentar sobrevivir. Los más afortunados morirán con la detonación inicial. Inmersos en una luz cegadora. Casi sin dolor. Sombras en la pared. El resto vivirán lo suficiente para ver el infierno en que hemos convertido el mundo y desear no haber sobrevivido. Nunca se sabrá quién lanzó el primer ataque. Nadie lo investigará porque, en realidad, ya no importa.